

Esa herencia se entiende como la suma de lo que el padre transfiere al hijo; pero como no puede suponer que toda la especie esté degenerada desde su principio, ocurre estudiar en qué punto preciso y concreto comienza ese decaer, ese degenerar de una raza o de una familia. Por eso, decimos antes que sin puntos de referencia hacia atrás no se puede, no se debe hablar de degeneración.

JOSÉ TOMÁS ESCALLON.

(Continuará).

UN OPUSCULO RARO

Entre los numerosos libros, folletos y papeles de toda especie que muchos años há nos remitió un pariente nuéstro, que goza ya de mejor vida, tropezámos con un cuaderno en 8.^o, impreso en buen papel y tipo grande y claro, de cincuenta y seis páginas. El cuaderno fue editado en Santa Marta en mayo de 1848 en la imprenta de A. Locarno, y lleva el rótulo de *El Extranjero Peregrino*, sin nombre de autor.

Por estar casi borrado por la acción del tiempo se lee con trabajo en la portada el nombre de la persona a quien le fue enviado de Santa Marta a Riohacha en el año mismo de su publicación. Es el de Lorenzo Daza, y de momento no supimos quién pudiera ser ese sujeto aficionado a la lectura de obras de ficción, dado que *El Extranjero Peregrino* es una novela. Luégo recordamos que esa persona había sido un pariente nuéstro por el lado materno, fallecido a comienzos de la década del 50 al 60 de la pasada centuria. Tradición de la familia es que ese buen señor murió prematuramente a causa de una dolencia adquirida en el tiempo en que estuvo confinado en Bocas del Toro, de 1844 en adelante. ¿Que por qué estuvo confinado? Ahora lo veréis.

Los que estudian la agitada historia de este país saben que en 1843, en las postrimerías ya de la Administración Herrán, ocurrió en la Ciénaga una descabellada intentona revolucionaria de que fueron caudillos Agapito y Gregorio Labarcés, el doctor Manuel Azuero y el comandante Joaquín Riascos, apellido que escribe siempre Reasco el historiador Alarcón, no sabemos con qué fundamento. En esa intentona perecieron asesinados el gobernador Fábrega y don Cristóbal Restrepo, lo que tuvo por consecuencia el fusilamiento de varios de los cabecillas, entre ellos el comandante Riascos, acerca de cuya ejecución da detalles patéticos don Gustavo Arbolada, en el segundo volumen de su acreditada *Historia Contemporánea de Colombia*. Varios de los promotores de ese desdichado alzamiento, entre ellos Agapito y Francisco de Labarcés, lograron escaparse, y una de las personas que prestaron ayuda más eficaz a su huída fue el referido Lorenzo Daza. Era este hombre de los que creen que la amistad personal y el respeto a la desgracia están por cima de los compromisos de carácter político, teoría piadosa que va acorde con los preceptos de la caridad cristiana. Era el confinado de Bocas del Toro miembro del partido llamado entonces «ministerial» y que a poco había de cambiar ese nombre por el doctrinario de «conservador.» El Húsar de Ayacucho fue hombre de generoso corazón como valiente que era, pero en esta vez, irritado por la pertinacia de los elementos revolucionarios, se manifestó inmisericordioso, y nuestro pariente, a pesar de sus opiniones políticas, fue a purgar a Bocas del Toro el delito de su compasión a los maltratados por la fortuna. ¡Bocas del Toro y Chagres en 1844! Tanto vale decir paludismo indefectible e hipertrofia del hígado segura. Cosa digna de anotarse! Lorenzo Daza fue al confinamiento condenado por el Gobierno de Herrán, mandatario magnánimo y benévolo,

y salió de aquél merced a un indulto de Mosquera, ilustre estadista, pero que no figura en la historia como sujeto a sufrir de enternecimientos del corazón.

Mais revenons a nos moutons. ¿Quién es el autor de *El Extranjero Peregrino*? No puede con certeza saberse quién sea. El doctor Guardiola, que conoce mejor que nadie la historia de Santa Marta, no ha logrado saber el nombre del escritor. El general Campo Serrano, que para 1848 tenía ya cosa de diez y seis años, nos dijo alguna vez que podía ser el autor Francisco Llanos, joven dado a las letras *in illo tempore*. Pero el nombre de Llanos, probable autor del opúsculo, no nos saca de apuros, pues no hemos podido obtener ningún dato biográfico acerca de él. *El Extranjero Peregrino* puede continuar siendo estimado como obra de autor desconocido.

La época en que se desarrolla la acción de la novelita parece corresponder a la misma en que fue publicada ésta por el editor Locarno. Nos habla el autor de la fuente de mármol que por segunda vez corría en la Plaza de la Constitución, enseñándonos de paso cuál era el nombre que en 1848 llevaba la plaza que hoy llamamos de Bolívar y que en los tiempos coloniales fue llamada de Armas. Se sabe que la fuente que se levanta en ese sitio, y que describe el autor con «sus cuatro símbolos continentales y sus mascarones esculpidos con esmero,» corrió por primera vez el 1.º de abril de 1848. Así nos lo refiere el señor Alarcón.

El extranjero que peregrinaba en ese año por la Nueva Granada se llamaba Guillermo Drusel, a quien los muchachos de antaño—lo mismo que hubieran hecho los de ogaño—apodaron sin duda «el musiuí,» nombre con que en esta región se conoce a los que en otros países de América española son familiarmente apellidados «gringos.» Según la relación que, cerca de la fuente, el interesante y desgraciado gringo le hace al joven Ra-

fael, hijo de don Alejandro del Castillo, el señor Drusel se casó en una ciudad granadina con una bella y distinguida dama, de nombre Rosaura. Tuvo luégo un duelo y en él hirió mortalmente a su adversario. Este lance lo obligó a ausentarse del país y cuando regresó, después de varios años, encontró que su felicidad había perecido: su esposa había abandonado el hogar con otro hombre. Y causa era ésta a la verdad más que suficiente para que el pobre señor no se sintiese con mayores ganas de participar de la alegría que animaba al buen pueblo sarmario al ver salir a chorros el agua cristalina del Manzanares por los elegantes mascarones de la fuente. El joven del Castillo, educado en Europa, y de blando corazón, le ofreció al desamparado un refugio a su indigencia moral en la quinta del señor Castillo, situada como a tres millas de la ciudad—en Mamatoco digamos—para llegar a la cual se recorría «una larga calle de fértiles y elevados cocos que terminaban en un manso y cristalino arroyo.»

Dejemos aquí descansando al señor Drusel y volvamos a la ciudad, porque ha de saberse que, con sólo tener el opúsculo cincuenta y seis páginas, da lugar bastante a referir en él una dolorosa historia de amor.

Próspero del Castillo, hijo menor de don Alejandro, sigue sus estudios en un colegio de la ciudad, y vive en casa de un amigo de su padre, don Santiago Brun. Tiene éste una hija, Adela, de quince abriles. De ella hace una minuciosa y apasionada descripción nuestro anónimo autor, y dice, entre otras cosas, que «el carmín más encarnado no igualaba al de sus frescos labios, que entreabiertos a veces por una grata sonrisa, dejaban ver dos hileras magníficas de dientes, blancos como el ampo de la nieve.» Vamos, que por poco afirma nuestro entusiasta novelista que tiene Adela las treinta y seis perfecciones corporales que un peripatético del Renacimien-

to le atribuía a la hermosa princesa doña Juana de Aragón. Al leer lo tocante al «encarnado carmín» (en estos climas con 32° a la sombra), se nos vino a la memoria aquella peregrina teoría de Kant, de que los afeites femeninos caen bajo la jurisdicción del divino arte de la pintura. Pudiera creerse esto una suave burla del filósofo, pero Kant—hombre severo por definición—no era capaz de perpetrar el inexpiable pecado de la ironía.

Próspero—es claro—se enamora perdidamente de la linda muchacha, a quien no le parece él ningún costal de paja. A don Santiago, aunque muy amigo de don Alejandro, no le vienen como anillo al dedo estos prematuros amores, y exige que el joven sea expatriado por algunos años. Rebélase Próspero contra el injusto fallo, y aconsejado por su amigo Tomás, se queda en tierra oculto, y el amigo le reemplaza. Aquí parece que el *fatum* antiguo se mezclase, porque el barco en que debió irse Próspero, sorprendido por una fiera borrasca del Caribe, naufraga y sólo escapa con vida el capitán para que eche el cuento. Atormentan los remordimientos a don Santiago, que se cree responsable de la muerte de Próspero, y cuando éste reaparece y le amenaza con suicidarse si no le otorga la blanca mano de Adela, accede rápidamente a lo que el enamorado mancebo solicita. Marcháanse juntos a la quinta del Paraíso para enterar a don Alejandro de lo acontecido, y éste, al saberlo, se inmuta y le suplica a don Santiago aguarde la respuesta en la ciudad. En seguida le hace leer a Próspero una carta—amarilla de lo vieja—de la madre de Adela, y de su lectura, que por poco deja a Próspero en el sitio, saca éste al punto la triste consecuencia de que su enlace con la graciosa Adelita es imposible. No nos dice el autor el contenido de la carta,

pero al buen entendedor con media palabra sobra: Próspero y Adela son hermanos. Próspero se resigna a embarcarse para los Estados Unidos, o el Norte como entonces decían, y aquí terminaría esta lamentable historia si no vinieran a entenebrecerla más los lastimosos detalles de la muerte de Rosaura en una húmeda casita a orillas de la salina samaria, perdonada *in extremis* por el bonazo de Drusel, y la muerte de sus dos hijos, ahogados en una acequia del Manzanares, cosa que parece mentira. Drusel, desesperado, se va de la Nueva Granada, con Rafael del Castillo que sigue al extranjero a terminar su educación.

Total: un duelo a muerte, un adulterio público y otro clandestino, una amenaza de suicidio a la Werther, un naufragio con enorme pérdida de vidas, la muerte de una arrepentida pecadora, el ahogamiento de dos tiernos infantes, dos corazones desgarrados, y finalmente, una tentativa de seducción de menor, porque Micaela, fámula infiel de Adelita, sobornada por un corrompido pisaverde, trata de sonsacar a la gentil damisela, la cual, sacando fuerzas de flaqueza, rechaza indignada el criminal intento, quedando su honra más blanca y pura que el armiño. Y todo esto, amén de pormenores insignificantes como el odio de Adolfo, hermano de Adela, a Próspero, porque éste se sabe mejor las lecciones que aquél; todo esto, que podía llenar volúmenes enteros, en una *plquette* de cincuenta y seis páginas en octavo! De todas las dotes del escritor podía estar ayuno el anónimo autor de *El Extranjero Peregrino*, menos de una de las más importantes: la concisión.

Pero no le hagamos duros cargos a un joven inexperto. Recordemos los tiempos: es el año de 1848, con la propaganda socialista de Murillo en la *Gaceta Mercantil*, la Escuela Republicana, la aproximación del golutismo, y en el campo literario el predominio in-

contrastable, el triunfo ruidoso del romanticismo en Hispano-América: Espronceda y Zorrilla eran los dos bardos victoriosos, los señores de la hora (1).

La novelita está saturada hasta los tuétanos de un espíritu romántico exaltado. Toda la fraseología de ese período está ahí: ahí está el negro Orco, la fría guadaña de la muerte; ahí, especialmente, un verdadero despilfarro, un pasmoso derroche de puntos suspensivos. Si Palacio Valdés, en vez de leer a Pérez Escrich, hubiese leído a nuestro compatriota, a él era a quien le debía agradecer el conocimiento de los dichos signos ortográficos. Hay alguna incorrección en el lenguaje; los adjetivos no están a veces bien escogidos, como cuando llama fresca (fresca, sí!) a una mañanita de agosto en Santa Marta, y como cuando llama lúgubre al cementerio de San Miguel, que podrá convidar el alma a tristes meditaciones, pero que—tan bañado de luz—no puede ser lúgubre; las frases a veces se resienten del desaliño y de la falta de precisión de una pluma juvenil y sin experiencia. Una inconsecuencia gramatical, no infrecuente por lo demás en muchos escritores de más destreza que nuestro autor, ocurre a cada paso. El anónimo escritor comienza una frase con *vos*, la sigue con *usted* y la termina con *tú*. Verdad es que él pudiera en su defensa alegar que Fernán Caballero, con ser castizo escritor, incurre en esa falta, como incurrió en ella Lupercio en el divino soneto que principia:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero.....

y que en el primer verso del segundo cuarteto ya dice, faltando a la consecuencia:

Pero también que me confieses quiero....

(1) Ya sabemos que el gran lírico español, don José de Espronceda, había fallecido desde el 23 de mayo de 1842, pero su influencia poética se conservaba en todo su esplendor.

Con que echémosle un poco de agua bendita a ese yerro y no insistamos pesadamente en él. No a todos les es dado ir a Corinto, pero con el ejercicio de la pluma y el estudio de buenos autores clásicos y modernos, bien hubiera podido aspirar a ser un excelente prosista nuestro anónimo, tanto más cuanto no le escasean soltura, elegancia, espontaneidad y viveza de imaginación. El usa bien de la expresión *al cabo*, que es como debe decirse, según nos enseña Julio Cejador, y del adjetivo *estantío*, hoy inusitado, por parado, detenido. Poeta no lo era, y basta a comprobarlo el acróstico que dedica Próspero a Adelita, que no insertamos aquí para que no se crea que nos ensañamos cruelmente con el simpático novelista del 48 (1).

De su inexperiencia en tejer la trama de una novela, presenta un ejemplo palmario en el episodio de la carta, punto donde culmina la obra. No, a ninguna mujer que ha faltado se le ocurre—ni soñando—a menos que esté loca, y no consta que la madre de Adelita lo estuviera, dar la prueba escrita de su deshonor. Casos como el de Próspero y de Adela se han visto, no ya en novelas ni en cuentos, sino en la terrible realidad de la vida; pero los responsables no se colocan nunca espontáneamente en posturas en donde la claridad meridiana los exponga al ludibrio y a la befa de sus feroces semejantes, que sólo absuelven los propios pecados. Todo el mundo no es Mr. Guillermo Drusel, que perdonó fácilmente y que, por ser tan manso, se hizo digno

(1). Nuestro anónimo autor habla, aunque someramente, del Manzanares, del cementerio, de la salina y de la fuente, pero hallamos menos las dos cosas, porque es más conocida Santa Marta, fuera de haber sido la tumba del Libertador, por la incomparable bahía, de aguas claras y profundas, que vio primero Bastidas, y la enhiesta cordillera de la Nevada, el más elegante y perfecto macizo del planeta.

de poseer la tierra, como dice la segunda felicidad o bienaventuranza.

¿Tendrá este opúsculo clave que explique sus aparentes enigmas? ¿O todo será invención del autor? El dice textualmente que la parte relativa a Drusel y Rosaura es «verídica,» y excita a sus bellas lectoras a que, por ningún motivo, cometan el delito que causó la desgracia de ambos cónyuges y la prematura y miserable muerte de aquella infeliz mujer. De la otra incógnita nada apunta el novelista. Creemos, pues, que Próspero y Adela y la leyenda del nacimiento de ésta, son exclusivo fruto de la juvenil y desbordante fantasía del joven autor.

Como hemos dicho ya, la influencia literaria que satura el opúsculo es la de los románticos españoles y franceses. El autor resulta dotado, según la frase feliz de Menéndez y Pelayo aplicada al gran Goethe, de la «generosa facultad de admirar,» tan escasa ahora y siempre. Más fácil y frecuente es cometer el innoble pecado capital de la envidia—en cuyos caminos nunca se encontró a Goethe, como lo dice él mismo—que admirar leal y honradamente a un hombre de ingenio. Nuestro autor, digámoslo francamente, admira con entusiasmo a Eugenio Sué. ¿Quién cree hoy que el célebre ahijado de la emperatriz Josefina es un genio? Ni en Francia mismo lo creen; su nombre es apenas mencionado por Lanson en su *Historia de la Literatura Francesa* y por Brumetiere en su *Manual*; y Doumic lo calla por completo en el suyo. Pero hay que trasportarse a la época remota en que se escribió *El Extranjero Peregrino*. Entonces, los *Misterios de París*, publicados en 1842, y *El Judío Errante*, en 1844, eran ávidamente leídos y considerados como obras maestras. Estaban vertidos a todas las lenguas, incluso naturalmente la nuestra. Muchísimas gentes creían quizá de buena fe que el verdadero tipo del jesuita era el siniestro P. Rodín (y así llamó Emiro

Kastos a don Mariano Ospina, lo que le valió la fulminante y sangrienta réplica del *lambón*, y no San Francisco de Javier, y, ya entre nosotros, José Telésforo Paúl y Mario Valenzuela. Cierto que aún se venden las obras de Eugenio Sué, y poco há vimos anunciados en una acreditada librería bogotana (1), los *Pecados Capitales*, pero también se venden las de don Enrique Pérez Escrich, y así éste, en España, como Sué, en Francia, están literariamente muertos y sepultados y sin racional esperanza de próxima resurrección. Viviera en nuestros días el anónimo autor de *El Extranjero Peregrino* y a otros ídolos de más subidos quilates consagrara el limpio incienso de su culto.

Reconozcamos que don Francisco Llanos, o quien fuere (2), tenía un mérito: él leía, es decir, estudiaba, y luego ponía en letras de molde el resultado de sus labores. No se parecía él a algunos tipos curiosos hasta ser ridículos, que sin leer, ni escribir, ni colegir, ni siquiera hablar medianamente bien, son tenidos por la turbamulta ignara como la octava maravilla, y cuyas decisiones, impartidas por señas, son acatadas como si

(1) *Capitalina* diría, dándose charol, cualquiera de nuestros diarios ahora, y no estaría bien. Hasta *capitolino*, que es como dice el Diccionario, estaría mal usado en ese sentido, como lo asevera Abadía Méndez en su magnífico discurso de entrada en la Academia Colombiana, oración tan genuinamente académica como las que han pronunciado allí literatos de tanto fuste y renombre como el señor Suárez, Monseñor Carrasquilla, Gómez Restrepo, Holguín y Caro, Casas y Camacho Carrizosa. A Gómez Restrepo lo equipara Julio Cejador con Enrique José Varona y José Enrique Rodó. Todavía es Bogotá, mal que les pese a los hombres del Sur, la Atenas de Hispano-América.

(2) Escrito ya este ligero ensayo, nos comunica don José Antonio Lafaurie, quien, a pesar de sus años, conserva vivos los recuerdos de su juventud, que él conoció a Francisco Llanos, joven literato, oriundo de Remolino. Laverde Amaya no registra este nombre en su *Bibliografía Colombiana* (1895).

fueran el oráculo de Delfos o estuvieran escritas en los libros de la Sibila de Cumas. Ofrecen éstos un raro paradigma de lo que, debido al ingenio de un escritor ibérico, se llama el *pachequismo* político y literario. Siquiera el personaje portugués a veces rugía y balbuceaba, pero estos a que aludimos son totalmente mudos... y son unos Miramamolines literarios! Qué va!

Era además modesto el joven novelista, y así leemos con gusto esta nota que puede estimarse como un prefacio: «El autor de esta novela, demasiado pequeña, no ha tenido en mira otra cosa que presentar a sus conciudadanos una muestra de sus primeros ensayos literarios.»

Terminamos observando que, cualesquiera que sean las cualidades y los defectos que exhibe en su libro el autor de *El Extranjero Peregrino*, al cual pudiera añadirse el subtítulo de *Los Amantes Desgraciados*, el opúsculo es, considerado desde el punto de vista de la bibliofilia, una rara curiosidad bibliográfica. Conservemos, pues, como oro en paño, el ejemplar que poseemos, quizá único de esta obrilla nacional. Deploremos que los hijos de esta tierra no hayan dedicado sus talentos a seguir las huellas de su distinguido conterráneo del 48 en la florida senda de la ficción literaria.

Santa Marta, diciembre, 1919.

FLORENTINO GOENAGA

